

# Naturaleza teológica del catecumenado

## Y la necesidad de preservar su lugar en la pastoral de Iniciación Cristiana

Publicado en:

*Teología y Catequesis*, 96 (2005), 55-74

El título del tema elegido para hoy era *La Pastoral de Iniciación Cristiana: aplicaciones y concreciones*. Hablaremos, en realidad, de un elemento concreto de la Iniciación Cristiana: del Catecumenado. Seguramente mi presencia en este seminario de profesores, el haber sido invitado a dirigiros la palabra, no tenga otra razón de ser más que la actualidad de este tema en nuestra diócesis, objeto de atención principal, como sabéis, del último Consejo Presbiteral.

Hablaremos, pues, del Catecumenado. Y lo haremos como uno de los elementos de la iniciación cristiana. Porque eso es el Catecumenado, un elemento o un instrumento al servicio de la iniciación cristiana.

En realidad, podemos acercarnos al catecumenado considerándolo, bien como una estructura y un instrumento pastoral al servicio de la iniciación cristiana; bien como una realidad teológica o teándrica. Teológica, porque forma parte del desarrollo de la Historia de la Salvación del hombre, en la que estamos inmersos. Y teándrica, porque es el ámbito del encuentro de Dios y el hombre: de la escucha, del seguimiento, de la alianza.

En su realidad teológica, el catecumenado se identifica con la catequesis, entendida como aquella que está al servicio de la iniciación cristiana, cuya finalidad ha sido ya bien definida tanto en la *Catechesi Tradendae*, como en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, como en el *Directorio General de Catequesis*: “conducir a la comunión con Jesucristo [...] sólo él puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu Santo y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad”<sup>1</sup>. Y cuyas tareas, llevar al conocimiento de la fe e introducir en la vida litúrgica, en la oración y en la

---

<sup>1</sup> CCE. 426; Cf. *Catechesi Tradendae* 5; DGC. 80-83

práctica de la vida cristiana, también se recogen en el citado Directorio<sup>2</sup>. Por tanto, todo lo que a continuación diremos del catecumenado como realidad teológica habremos de entenderlo de la catequesis de iniciación cristiana.

Así considerado, el catecumenado es el ámbito eclesial -no eclesiástico, no mera estructura pastoral, sino ámbito verdaderamente eclesial-, donde se produce el diálogo de la fe: aquel espacio donde el hombre puede escuchar la Palabra de Dios, es decir, donde el hombre puede escuchar a Cristo vivo y donde puede responderle. Este ámbito es el de las realidades más profundas de la existencia, del ser. Donde toda la obra salvífica de Dios, la creación y la redención, el mundo y la historia, que después de haber hallado su plenitud en Cristo, caminan hacia la consumación, son puestas ante la libertad del hombre, de cada hombre, para su libre adhesión. Es el ámbito donde el hombre es requerido en su más profundo centro, para la decisión fundamental de su existir: la de dar o no dar fe al Evangelio. Y digo “que es la decisión fundamental” porque en este acto libre, el hombre toma “en sus manos”, “toma en consideración”, “valora” la gigantesca obra de la salvación, como una realidad que exige la decisión de acogerla o rechazarla. Y en esa libertad el hombre se juega la consecución de su propio ser o el fracaso de su propio ser. Es lo que el evangelio de san Marcos expresa con tan sencillas palabras: *“Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado se salvará; el que no crea se condenará”* (Mc 16,15-16)

Realmente incomparable la condescendencia de Dios, que ofrece toda la grandeza de su ser infinito y eterno, de su amor perfecto, de la comunión de sus personas, a la aceptación o al rechazo de cada hombre, diminuta obra de sus manos: *“Oh Señor, Dios nuestro Dios, ¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra! ... ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?”* (Sal 8, 2.5 ) Y lo hace Dios en el marco de una inmensa obra creadora y en el acontecer de una historia de amor por el hombre que, si se me permite la expresión, hace palidecer a los ángeles. Admirable misericordia la de Dios, que ha querido dar a este pequeño ser, plasmado del polvo de la tierra, su imagen: el don de la libertad.

Pues bien, el catecumenado es el ámbito donde se produce y se desarrolla este diálogo de la fe, donde el don dado al hombre en los orígenes, aquello que nos constituye como hombres, la imagen de Dios, el don de la libertad, se enfrenta a su destino. ¿Cuál es este destino? Lo diremos con unas palabras de *La Ciudad de Dios*, de san Agustín:

---

<sup>2</sup> Cf. DGC. 85-86

*Nuestro bien, sobre cuya meta tal debate hay entre los filósofos, no es otro que unirnos a él: su abrazo incorpóreo, si se puede hablar así, fecunda el alma inmortal y la llena con verdaderas virtudes. Se nos manda amar este bien con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas. A este bien debemos llevar a los que amamos y ser llevados por los que nos aman. Así se cumplen los dos mandamientos en que consiste la Ley y los Profetas: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, y con toda tu mente", y "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Para que el hombre supiese amarse se le puso delante la meta, a donde tenía que dirigir todo lo que hacía para ser feliz. Y esta meta es unirse a Dios.<sup>3</sup>*

San Agustín comenta el doble mandamiento de amar a Dios y de amar al prójimo, cuando hace alusión al fin del hombre, al destino para el que fue creado, *"unirse a Dios"*. E introduce en nuestro discurso un elemento sustancial que aclara todo: el del amor. El don de la libertad, dado por Dios al hombre creado, es el don de la capacidad de amar y ser amado por Dios, este es el don que le hace *"capaz de Dios"*. Por lo tanto, la libertad del hombre se enfrenta a su verdadero destino cuando se encuentra ante Dios y es requerida por su amor. En efecto toda la obra inmensa de Dios, la de la creación y la de la redención, es la oferta de su amor. Y en medio de esta prodigiosa obra, el hombre como ser libre ha de responder. El Salmo expresa ese requerimiento que experimenta el hombre ante la obra de Dios: ***"¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?"*** (Sal 116,12).

En su Exhortación al Martirio, Orígenes trae a colación este salmo:

*El santo es generoso y desea corresponder a los beneficios que Dios le ha hecho; busca qué poder devolver al Señor por cuanto de él ha recibido. Halla que una persona de nobles deseos no puede dar a Dios nada que corresponda a sus beneficios como la perfección del martirio. Alude a este planteamiento lo escrito en el salmo 116: "¿Cómo podré pagar al Señor todo el bien que me hace?" Y la respuesta a la cuestión planteada sobre qué devolver al Señor por todo lo que ha recibido de él se halla en estas palabras: "Levantaré la copa de la salvación e invocaré el nombre del Señor".<sup>4</sup>*

En las palabras de Orígenes se expresa la necesidad de responder al don del amor. ¿Cómo? –Con un amor semejante. Ante la pregunta del salmo ***"¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?"*** Responde el mismo salmo: ***"Alzaré la copa de la salvación,***

---

<sup>3</sup> San Agustín; *La Ciudad de Dios* X, 3. Obras Completas de San Agustín XVI. B.A.C 1988, Madrid

<sup>4</sup> Orígenes; *Exhortación al Martirio* V, 28. Orígenes. Escritos Espirituales B.A.C. Madrid 1999

*invocando tu nombre, Señor*". Y Orígenes, relacionando, como no podía ser de otra forma, la copa de la salvación, con la pasión de Cristo y con su "invitación" a beber de su cáliz, interpreta que el martirio es la respuesta adecuada del hombre al amor de Dios. Con ello, Orígenes no hace sino continuar aquel mismo impulso que ya expresaba san Pablo, impulso espiritual que animaba a imitar: "... y conocerle a él, el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos, hasta hacerme semejante a él en la muerte, tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos. No que lo tenga ya conseguido o que sea ya perfecto, sino que continúo mi carrera para alcanzarlo, habiendo sido yo alcanzado por Cristo Jesús..." (Flp3, 10-11). Y un poco más adelante dirá: "*sed imitadores míos*" (Flp 3,17).

Pues bien, el catecumenado es el ámbito donde la libertad dada al hombre es requerida bien para ser introducida en el amor trinitario, o bien para ser dejada en el rechazo del propio destino. Este diálogo es un proceso histórico, un camino que avanza en el tiempo del hombre. Y, digámoslo ya: este ámbito del catecumenado, este ámbito del que venimos hablando como el lugar donde se desarrolla el diálogo de la fe, es el seno materno de la Iglesia. Es en este sentido en el que afirmamos que el catecumenado es una realidad teológica, una realidad teándrica.

Querer establecer el instrumento pastoral del catecumenado sin adentrarnos y tomar conciencia de su realidad teológica, sólo puede conducirnos, antes o después al fracaso. Porque la Iglesia no es fecunda por ella, ni por la brillantez de sus ministros, ni por la fidelidad de sus súbditos, ni por la eficacia de sus estructuras...; sino por quién la convoca como pueblo de la Nueva Alianza, por quién la desposa y la hace carne de su carne, por quién la habita y la conduce hacia su plenitud.

Así pues, después de esta larga pero necesaria introducción nos adentraremos en el catecumenado, fundamentalmente, como realidad teológica, como itinerario de fe y como el ámbito eclesial donde este itinerario de fe se realiza. Para ello nos detendremos en la observación de la celebración del Sacramento del Bautismo. En nuestra exposición seguiremos, en gran medida, las reflexiones que ofrece Benedicto XVI en "Teoría de los Principios Teológicos"<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> J. Ratzinger; *Teoría de los Principios Teológicos*. Ed. Herder. Barcelona 1985. Págs.: 29-49

## I. Catecumenado y Bautismo

Para todos parece que es evidente la relación que existe entre catecumenado y Bautismo. Pero ¿qué tipo de vinculación existe entre una y otra realidad? Podría pensarse que el Catecumenado es una especie de preparación para la celebración de los sacramentos. Pero eso no llega a describir adecuadamente lo que significa el catecumenado respecto del Bautismo. Habría que decir que el catecumenado, como itinerario de fe, es parte constitutiva del Bautismo.

La misma celebración bautismal lo significa cuando antes de la infusión del agua, profesa la fe apostólica. Más aún, la propia invocación trinitaria que acompaña a la inmersión o a la efusión del agua es el vestigio de esta misma confesión apostólica, que en los testimonios más antiguos no precedía al rito de la triple inmersión, sino que constituía la fórmula sacramental.

En la Iglesia primitiva de los siglos IV y V, la fórmula bautismal tuvo forma de diálogo. Así lo encontramos en la *Traditio Apostólica*, de Hipólito de Roma, siglo III, que recoge un uso que viene de épocas anteriores. En ella el sacerdote pregunta sobre la fe en Dios Padre Omnipotente, a lo que sigue la primera inmersión. Y sobre la fe en Hijo, con la segunda inmersión. Y en el Espíritu Santo, con la tercera inmersión.

Por tanto, la fórmula del bautismo fue, en su expresión más antigua, una profesión de fe. No una fórmula exclusivamente sacerdotal. En realidad se trata de un diálogo de fe, entre un yo y un tú. Por tanto, el bautismo no es un simple rito, sino un acontecimiento que concierne a lo más hondo de la persona y que requiere su respuesta.

Y, si encontramos testimonios de la unidad de Catecumenado y Bautismo en la misma celebración del Sacramento, lo mismo ocurre si echamos una ojeada a los ritos y oraciones que jalonan el proceso del catecumenado. Por ejemplo, lo encontramos en los exorcismos, que significan y son la gracia y la fuerza de Dios en el avance espiritual y en la lucha contra el pecado. Ahora, ¿cuál es el principal exorcismo? El principal y definitivo exorcismo no es otro que la propia inmersión en las aguas bautismales. “*Ser sumergido en un elemento mortal constituye el exorcismo radical*”<sup>6</sup>. En efecto, la muerte es el primero de los dos significados que el agua aporta a la celebración del Sacramento, un significado que va más allá de la ablución y purificación, y llega a significar la muerte del hombre viejo, la participación en la muerte de Jesús. Aquella

---

<sup>6</sup> J. Ratzinger: *Teoría de los Principios Teológicos*. Ed. Herder. Barcelona 1985; Pág. 42

participación a la cual el mismo Jesús se refería en su diálogo con los Zebedeos: “*¿Podéis beber la copa que yo voy a beber o ser bautizados con el bautismo con que yo voy ser bautizado? Ellos dijeron: Podemos. Jesús les dijo: La copa que yo voy a beber, sí la beberéis y también seréis bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado...*” (Mc 10,38-39). Es justamente de la realidad de la muerte de Cristo, de la que surge la novedad de su resurrección. Y de la radicalidad de la muerte del hombre viejo, de donde brota la novedad de los que son hechos hijos de Dios, la vida nueva donada por Dios, el segundo de los significados que porta el signo del agua bautismal, “fuente de aguas vivas”<sup>7</sup>.

La administración del Bautismo remite a algo que va más allá de una simple ceremonia y que reclama aquel contexto más amplio del catecumenado, que es de por sí, parte del Bautismo. Por tanto, el catecumenado no es simple instrucción preeliminar, sino parte constitutiva del sacramento. Y el Bautismo no es la simple realización del acto litúrgico, sino un proceso, un largo camino, que exige la contribución y el esfuerzo de todas las facultades del hombre, de su entendimiento, de su voluntad, de su corazón.

Ahora lo que nos podemos preguntar es: ¿Qué importancia tiene esta consideración sobre la vinculación entre Bautismo y Catecumenado? ¿Qué más da que digamos que es preparación previa o parte constitutiva del Sacramento?

Y la respuesta: Si es sólo previa instrucción, por lo tanto, mera obra humana, podemos prescindir más o menos de ella con el pretexto de que la gracia de Dios actuará de todas formas en el Sacramento. Ahora bien, si es parte constitutiva del Sacramento, es decir, si el mismo catecumenado, como camino de fe, es ya iniciativa divina, que llama al hombre al diálogo de la fe, entonces no podemos olvidarlo, evitarlo o reducirlo, de ninguna forma. Entonces, es del todo necesario. Lo es incluso en el bautismo de niños, que no lo anula, sino que lo pospone. De hecho, la exhortación apostólica *Christifideles Laici* llama a este catecumenado pospuesto “catequesis posbautismal”<sup>8</sup>; y el *Catecismo de la Iglesia Católica* lo llama “catecumenado postbautismal”<sup>9</sup>.

El oscurecimiento de la realidad del catecumenado como parte constitutiva del Bautismo, que viene así a ser entendido como rito cerrado en sí mismo, es una herida a la legitimidad del Bautismo de niños<sup>10</sup>. Su legitimidad le viene precisamente de la posibilidad de

---

<sup>7</sup> Cf. *Didaché* 7,1. Fuentes Patristicas 3. Ed. Ciudad Nueva; Madrid 1992

<sup>8</sup> *Christifideles Laici* 61

<sup>9</sup> CCE 1231

<sup>10</sup> Cf.: J. Ratzinger: *Teoría de los Principios Teológicos*. Ed. Herder. Barcelona 1985; pgs. 46-49

establecer el catecumenado postbautismal, sobre las categorías antropológicas de la “anticipación” y la “representación”. Pero cuando se toma el Bautismo como un rito cerrado en sí mismo, como algo concluido, entonces, los padres y padrinos ya no anticipan ni representan al niño. Pero en ese caso, ¿Dónde queda el diálogo de la fe? ¿Dónde la condescendencia de Dios reclama la libertad del hombre? ¿No queda así olvidada toda la historia de la salvación, el que Dios toma al hombre como un sujeto libre y le hace su interlocutor, para llevarle a la Nueva Alianza?

Negar que el catecumenado forme parte del mismo sacramento:

1º. - constituye un mentís a la práctica de la Iglesia. No sólo a la práctica de la época patristica, o de aquella que se lleva a cabo en tierras de misión, sino a la práctica de un necesario itinerario de fe, en el que la iniciativa y la gracia de Dios se vea correspondida con una decisión de la libertad humana que la afecta de forma definitiva, en su corazón, en su núcleo, en lo más central de su existencia.

Negar que el catecumenado forme parte del Bautismo:

2º. – es poner en evidencia una gran ignorancia de lo que significan los ritos bautismales.

Y negarlo para afirmar la acción de la gracia de Dios como lo único importante, a la hora de la verdad, en el sacramento,

3º. - es ignorar el papel que Dios ha conferido a la libertad humana en su plan salvífico;

4º. – y es ignorar la realidad que nos atenaza: la de multitud de bautizados, que sin una iniciación adecuada antes o después del sacramento, se mantienen en la mayor de las ignorancias de la dignidad que han recibido; en la mayor de las lejanías respecto a aquel que por ellos derramó su sangre; en una gran y común “apostasía silenciosa”.

Y es fundamental que caigamos en la cuenta de esta última realidad que vivimos en nuestra Iglesia. Es precisamente ante esta nueva realidad donde la institución del catecumenado aparece como necesaria para asegurar la realidad teológica del itinerario de fe en el cuál se celebran tanto el bautismo, como los otros sacramentos de la iniciación cristiana.

Llegamos así a un segundo punto en el que podemos observar la necesidad de restaurar la institución del Catecumenado para asegurar la realidad teológica que expresa, en este momento de secularización, que parece avanzar sin límite.

## II. Desarrollo del El itinerario de fe y Celebración del Bautismo en la situación socio cultural actual

La situación que ha vivido la Iglesia en Europa durante muchos siglos, quizá haya desdibujado la conciencia de la realidad teológica del catecumenado. En efecto, una sociedad fundada en valores cristianos, en la que también sus miembros han sido durante muchos siglos básicamente cristianos, regida por leyes que buscaban ajustarse a la fe, y que por influencia de esa misma fe, buscaban adecuarse a la naturaleza misma de las cosas, no al mero consenso, una sociedad así podía constituir toda ella un ámbito de relaciones en la que cada niño bautizado crecía en un ambiente que le llamaba a la fe y que sostenía la fe.

Ahora bien, también durante largos siglos ha venido gestándose la situación en la que vivimos ahora. En esta gestación hay dos procesos que han ido de la mano, en el ámbito de la experiencia religiosa y en el del pensamiento filosófico. No descubro nada al decir que la situación actual de absoluto inmanentismo, tiene como punto de partida filosófico aquella posición que le permite a Descartes hacer del “yo”, de la propia conciencia, el punto de apoyo para reconstruir toda la realidad que antes, metodológicamente, ha puesto en cuestión. Sin embargo esta situación cultural viene precedida por una crisis de fe, crisis de fe que se expresa concretamente, con toda su fuerza, en la crisis luterana, que al afirmar “la sola fe” como confianza ciega en manos de Dios, como único principio de la salvación sin nada que ver con lo que el hombre es o hace, abre, en el fondo, un abismo entre fe y razón, entre Creación y Redención, abandonando la razón y la vida cotidiana del hombre a su propia suerte.

El resultado final de ese proceso quizá lo estemos viviendo en este momento de absoluta irrelevancia de Dios en la vida del hombre, y no sólo de Dios, sino, incluso de la propia naturaleza de las cosas, que lleva tanto al iuspositivismo del *Tratado Europeo*, como a las iniciativas políticas que surgen entre nosotros a propósito de la educación de los hijos, de la legislación sobre el matrimonio. Que lleva, incluso, a la perversión del lenguaje, que es manipulado para dejar de referirse a la naturaleza de las cosas y, a cambio, transmitir una ideología. Véase, por ejemplo, el uso del término “pre-embrión”.

Sea como fuere, lo cierto es que la sociedad en la que hoy se desarrolla el hombre ya no puede considerarse cristiana. Con palabras del papa Juan Pablo II:

*“Ha pasado ya, incluso en los países de antigua evangelización, la situación de una “sociedad cristiana”, la cual, aun con las múltiples debilidades humanas se basaba*



*explícitamente en los valores evangélicos. Hoy se ha de afrontar con valentía una situación cada vez más variada y comprometida*<sup>11</sup>.

Y el mismo Juan Pablo II con palabras más graves, que se han convertido ya en lugar común, dirá en la exhortación apostólica *Ecclesia in Europa*:

*En la raíz de la pérdida de la esperanza está el intento de hacer prevalecer una antropología sin Dios y sin Cristo. Esta forma de pensar ha llevado a considerar al hombre como «el centro absoluto de la realidad, haciéndolo ocupar así falsamente el lugar de Dios y olvidando que no es el hombre el que hace a Dios, sino que es Dios quien hace al hombre. El olvido de Dios condujo al abandono del hombre», por lo que, «no es extraño que en este contexto se haya abierto un amplísimo campo para el libre desarrollo del nihilismo, en la filosofía; del relativismo en la gnoseología y en la moral; y del pragmatismo y hasta del hedonismo cínico en la configuración de la existencia diaria». La cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera.*

*En esta perspectiva surgen los intentos, repetidos también últimamente, de presentar la cultura europea prescindiendo de la aportación del cristianismo, que ha marcado su desarrollo histórico y su difusión universal. Asistimos al nacimiento de una nueva cultura, influenciada en gran parte por los medios de comunicación social, con características y contenidos que a menudo contrastan con el Evangelio y con la dignidad de la persona humana. De esta cultura forma parte también un agnosticismo religioso cada vez más difuso, vinculado a un relativismo moral y jurídico más profundo, que hunde sus raíces en la pérdida de la verdad del hombre como fundamento de los derechos inalienables de cada uno. Los signos de la falta de esperanza se manifiestan a veces en las formas preocupantes de lo que se puede llamar una « cultura de muerte »<sup>12</sup>.*

Este es el contexto cultural en el que la única Iglesia de Cristo ha de llevar a cabo hoy la misión de siempre: ***“Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñadles a guardar todo lo que yo os he mandado”*** (Mt 28,19-20).

Aunque se trata de una institución pastoral dirigida a los no bautizados que quieren incorporarse a la vida de Cristo y de la Iglesia, la instauración del Catecumenado nos da la

---

<sup>11</sup> N.M.I. 40

<sup>12</sup> *Ecclesia in Europa* 9

oportunidad de afrontar una tarea misionera global, porque pone en primer término del quehacer eclesial el primer anuncio del Evangelio y el deber maternal de la Iglesia respecto al hombre.

Ante la lejanía de muchos de nuestros contemporáneos, que ya no han sido iniciados a la vida cristiana, que no han sido bautizados; y ante el alejamiento progresivo y mayoritario de muchos de los bautizados, se hace necesario un nuevo impulso misionero entre nuestra gente. Juan Pablo II insistió en ello reiteradamente. La exhortación apostólica *Ecclesia in Europa* es una llamada apremiante a la tarea evangelizadora, al primer anuncio del Evangelio incluso a los ya bautizados:

*En varias partes de Europa se necesita un primer anuncio del Evangelio: crece el número de las personas no bautizadas, sea por la notable presencia de emigrantes pertenecientes a otras religiones, sea porque también los hijos de familias de tradición cristiana no han recibido el Bautismo... De hecho, Europa ha pasado a formar parte de aquellos lugares tradicionalmente cristianos en los que, además de una nueva evangelización, se impone en ciertos casos una primera evangelización.*

*La Iglesia no puede eludir el deber de un diagnóstico claro que permita preparar los remedios oportunos. En el «viejo» Continente existen también amplios sectores sociales y culturales en los que se necesita una verdadera y auténtica misión ad gentes.*

*Además, por doquier es necesario un nuevo anuncio incluso a los bautizados. Muchos europeos contemporáneos creen saber qué es el cristianismo, pero realmente no lo conocen. Con frecuencia se ignoran ya hasta los elementos y las nociones fundamentales de la fe. Muchos bautizados viven como si Cristo no existiera: se repiten los gestos y los signos de la fe, especialmente en las prácticas de culto, pero no se corresponden con una acogida real del contenido de la fe y una adhesión a la persona de Jesús. En muchos, un sentimiento religioso vago y poco comprometido ha suplantado a las grandes certezas de la fe...*

*« Pero cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra? » (Lc 18, 8). ¿La encontrará en estas tierras de nuestra Europa de antigua tradición cristiana? Es una pregunta abierta que indica con lucidez la profundidad y el dramatismo de uno de los retos más serios que nuestras Iglesias han de afrontar. Se puede decir... que tal desafío consiste frecuentemente no tanto en bautizar a los nuevos convertidos, sino en guiar a los bautizados a convertirse a Cristo y a su Evangelio: nuestras*

*comunidades tendrían que preocuparse seriamente por llevar el Evangelio de la esperanza a los alejados de la fe o que se han apartado de la práctica cristiana.*<sup>13</sup>

Como puede verse, además de una nueva invitación a la misión, entre las palabras del papa se expresa con claridad algo de lo que seguramente todos tenemos experiencia: el vaciamiento propiamente cristiano de la celebración del sacramento del Bautismo: *Con frecuencia se ignoran ya hasta los elementos y las nociones fundamentales de la fe. Muchos bautizados viven como si Cristo no existiera: se repiten los gestos y los signos de la fe, especialmente en las prácticas de culto, pero no se corresponden con una acogida real del contenido de la fe y una adhesión a la persona de Jesús. ... un sentimiento religioso vago y poco comprometido ha suplantado a las grandes certezas de la fe...* Y en este contexto no basta con confiar el desarrollo de la realidad teológica del catecumenado, es decir, de una completa iniciación cristiana, al azar o a la indeterminación.

Esta llamada apremiante, “*un primer anuncio es necesario por doquier*”, fue repetida incansablemente por el papa Juan Pablo II en numerosas y diversas ocasiones, así por ejemplo a los obispos franceses en visita “ad limina” el año pasado<sup>14</sup>. También el año pasado dirigió estas palabras a la Congregación para la Doctrina de la Fe:

*El anuncio claro del Evangelio es necesario para mover el corazón a aceptar la buena nueva de la salvación. Al hacerlo, se presta un enorme servicio a los hombres que buscan la verdad. [...] Este amor es el sello valioso del Espíritu Santo que, como protagonista de la evangelización, no cesa de mover los corazones al anuncio del Evangelio y también los abre para que lo acojan. Este es el horizonte de la caridad que impulsa la nueva evangelización, a la que en repetidas ocasiones he invitado a toda la Iglesia y a la que deseo exhortar, una vez más, al inicio de este tercer milenio*<sup>15</sup>.

Es oportuno, por tanto, instaurar el catecumenado y que, al hacerlo, impulsemos una acción concreta de anuncio misionero, que busque suscitar el deseo de acercarse a Cristo y, en último término, la fe. Parece, pues, necesario afrontar la institución del catecumenado no simplemente como una forma de responder a la solicitud de bautismo que nos llega de algunos adultos aquí o allá. Eso, por supuesto, también. Es necesario englobar esta respuesta en un marco más amplio de evangelización. Y, aunque el catecumenado no agota, en absoluto, la

---

<sup>13</sup> *Ecclesia in Europa* 46 - 47

<sup>14</sup> Al octavo grupo de obispos de Francia en visita “Ad limina”.20 de Febrero 2004

<sup>15</sup> Discurso a la Congregación para la Doctrina de la Fe; 6 de Febrero de 2004

actividad misionera de la Iglesia, él puede impulsar acciones concretas de primer anuncio misionero, que no debemos desaprovechar.

De hecho el mismo Juan Pablo II, afirmará la necesidad de reestablecer “la gran tradición de la disciplina sobre la iniciación cristiana”:

*En las circunstancias actuales de la Iglesia y del mundo, tanto en las Iglesias jóvenes como en los Países donde el cristianismo se ha establecido desde siglos, resulta providencial la recuperación, sobre todo para los adultos, de la gran tradición de la disciplina sobre la iniciación cristiana. Ésta ha sido una disposición oportuna del Concilio Vaticano II (cf. SC 64), que de este modo quiso ofrecer un camino de encuentro con Cristo y con la Iglesia a muchos hombres y mujeres tocados por la gracia del Espíritu y deseosos de entrar en comunión con el misterio de la salvación de Cristo, muerto y resucitado por nosotros.*

*Mediante el itinerario de la iniciación cristiana se introduce progresivamente a los catecúmenos en el conocimiento del misterio de Cristo y de la Iglesia, análogamente a lo que ocurre en el origen, desarrollo y maduración de la vida natural. ...*

*Así pues, los Obispos, teniendo en cuenta las circunstancias actuales, han de poner en práctica las prescripciones del Rito de la Iniciación Cristiana de Adultos. Por tanto, han de procurar que en cada diócesis existan las estructuras y agentes de pastoral necesarios para asegurar de la manera más digna y eficaz la observancia de las disposiciones y disciplina litúrgica, catequética y pastoral de la iniciación cristiana, adaptada a las necesidades de nuestros tiempos.<sup>16</sup>*

En realidad el Papa se suma a las disposiciones que desde el Concilio Vaticano II se vienen haciendo para la restauración del Catecumenado. Así en el Concilio Vaticano II: la Constitución sobre la Sagrada Liturgia *Sacrosanctum Concilium* (Cf. n. 64); el decreto sobre la función pastoral de los Obispos *Christus Dominus* (Cf. n. 14); y la Constitución Dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium* (Cf. n. 14)

Después, la Congregación para el Culto Divino, en 1972, publicó el *Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos*, 1972. Y en 1983 el *Código de Derecho Canónico*, 1983, (CIC 788), recoge la realidad del catecumenado. Así también el *Catecismo de la Iglesia Católica*, de 1992. Y el *Directorio General para la Catequesis* de 1997

---

<sup>16</sup> Juan Pablo II; Exhortación apostólica *Pastores Gregis*. n.º 38

En el ámbito de la Conferencia Episcopal Española

- *Segundo Decreto General sobre las normas complementarias al Nuevo Derecho Canónico*, artículo 3 (1985)
- *La Iniciación Cristiana –Reflexiones y Orientaciones–* (1998)
- *Orientaciones Pastorales para el Catecumenado* (2002)
- *Orientaciones Pastorales para la Iniciación Cristiana de Niños no Bautizados en su Infancia* (2004)

Para concluir diremos que, si el itinerario de fe es una realidad que forma parte del sacramento del Bautismo, y en la situación actual este itinerario de fe no está en absoluto asegurado, más bien, lo contrario, hoy, para llevar a cabo hoy la misión que el Señor nos ha encomendado, hemos de reestablecer la disciplina del catecumenado. Al afrontar su institución no hacemos sino afrontar el mandato del Señor: *“Se me ha dado pleno poder, en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñadles a guardar todo lo que yo os he mandado”* (Mt 28,18-20). ¿Qué está en juego? Está en juego el designio de Dios, que con palabras de san Pablo, *“quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad”* (1Tim 2,4).

Por eso es necesario el catecumenado: porque tenemos el deber de ofrecer a los hombres un camino de encuentro con Cristo, con el misterio de su persona, el único salvador del hombre. Y es necesario que exista como verdadero itinerario, donde se proponga la fe verdadera, donde se muestre a Cristo, donde se inicie a la vida nueva, a la vida fraterna, al amor cristiano, a la vida eclesial, a la riqueza de los sacramentos, a la vida de oración, a la vida, en definitiva de los hijos de Dios.

Con la institución del Catecumenado buscamos ser fieles al mandato misionero y ofrecer la respuesta necesaria para que los adultos que, movidos por el Espíritu Santo, se acercan a la Iglesia a pedir el Bautismo, puedan realmente incorporarse a Cristo y a su Iglesia por la Fe y el Sacramento<sup>17</sup>, y experimenten el gozo de la salvación, la novedad de la vida de los hijos de Dios.

---

<sup>17</sup> Cf. I.C. 19

### III. Componentes fundamentales del catecumenado

Solo nos resta volver un momento a la naturaleza teológica del catecumenado, para llevarnos una idea de lo que en realidad es. Bastará hacer una pequeña reflexión sobre sus componentes fundamentales. Tomo esta pequeña reflexión del hoy Papa Benedicto XVI. Lo podéis encontrar en su libro, ya citado hoy aquí, *Teoría de los Principios Teológicos*<sup>18</sup>.

Volvemos a las ideas fundamentales del primer punto de nuestra exposición. Que el catecumenado no es simplemente instrucción previa al Sacramento, “*sino parte constitutiva del sacramento mismo. Además el sacramento no es la simple realización del acto litúrgico, sino un proceso, un largo camino, que exige la contribución y el esfuerzo de todas las facultades del hombre*”<sup>19</sup>. La disyunción de Sacramento y catecumenado, la consideración del Bautismo como rito cerrado y completo en sí mismo y la del catecumenado como simple instrucción preliminar, “*ha desembocado en la ritualización del sacramento y en el adoctrinamiento de la palabra*”<sup>20</sup>.

Al decir que el catecumenado es parte constitutiva del Bautismo, al afirmar su carácter sacramental, aludimos a la profesión de fe, como credo dialogado. A través de él, el contenido esencial del catecumenado pasa directamente a la forma del sacramento, al acto nuclear de la administración del Sacramento.

Ahora bien, en el catecumenado precedente podemos distinguir tres componentes fundamentales que en su propio dinamismo llegan en el itinerario catecumenal a la unidad y se expresan en la “profesión de fe”, en el símbolo interrogatorio.

#### Primero: la instrucción de la fe.

Hablamos así del catecumenado como de un proceso de aprendizaje en el que se meditan y asimilan los contenidos esenciales de la fe cristiana. Y donde una y otra vez se ha de hacer comprensible la palabra de la fe como respuesta a los problemas humanos.

Y ya que esta fe es una respuesta a la inaudita acción de Dios que se nos revela, con palabras del cardenal Schönborn, “*Debemos intentar narrar el plan de Dios de una manera coherente, si no cedemos el puesto a nuevos mitos que pretenden los orígenes y el principio de la*

---

<sup>18</sup> J. Ratzinger: *Teoría de los Principios Teológicos*. Ed. Herder. Barcelona 1985; págs. 39-42

<sup>19</sup> Ibidem, pág. 40

<sup>20</sup> Ibidem, pág. 40

*historia. El deber de la catequesis y, en consecuencia del Catecismo, es esta narración del plan de Dios que nos revela la fe [...] Acogiendo el símbolo de la fe, nosotros recibimos también nuestro lugar en la historia, en este gran drama del proyecto de Dios, encontrando nuestro papel en la historia de la salvación*<sup>21</sup>

Así, los contenidos esenciales de la fe cristiana, aquilatados en las cuatro piezas fundamentales de la catequesis (Símbolo, Mandamientos, Sacramentos y Padre Nuestro), en las cuales encontramos los principios de la fe que profesa la Iglesia, de su vida sacramental, que deviene de ser ella misma sacramento universal de salvación, los principios que sostienen su modo de afrontar la existencia moral y aquellos que sostienen la relación personal con Dios, que es la oración, de los creyentes... Esas cuatro piezas han de ser útiles para instruir en la verdad que pone luz en la vida del hombre de todos los tiempos, que hace que el hombre se comprenda a sí mismo y comprenda el lugar que ocupa en el marco de la creación y de la historia, que entienda su origen, su destino y el camino que ha de andar. Por tanto, la instrucción tiene la pretensión de hacer que los acontecimientos de la revelación toquen lo más profundo de la comprensión que el hombre tiene de todas las cosas, para hacer que se inserte en la experiencia católica, por la cual el hombre, al avanzar en la fe, es sacado de todo particularismo, de toda visión parcial y es introducido en la verdad de la fe, que hace capaz de afrontar la vida con seguridad y con lucidez, conociendo y adhiriéndose a Aquel que es el origen de su existencia y, al tiempo, el fin al que se dirige.

Se trata, sin duda de que tenga la experiencia no de una fe entre muchas, no de la fe como una mera confianza ciega, o como cierta creencia subjetiva, sino que tenga la experiencia cristiana de la fe universal, que lo es porque se funda en la verdad, y que por ello tiene la virtualidad, el poder, de sostener la vida y la muerte del hombre. Es aquella experiencia que expresa san Ireneo:

*“La fe nos es concedida por la verdad, pues la fe se fundamenta en la verdad. De hecho, nosotros creemos lo que realmente es y como es; y creyendo lo que realmente es y como siempre es, mantenemos firme nuestra adhesión. Ahora bien, puesto que la fe sostiene nuestra salvación, es necesario prestarle mucha atención para lograr una auténtica inteligencia de la realidad”*<sup>22</sup>.

---

<sup>21</sup> Christoph Schonbörn, en *El Catecismo de la Iglesia Católica en el X Aniversario de su Promulgación*; pg 3. Ed. Manuel del Campo. Facultad de Teología San Dámaso. Colección Presencia y Diálogo 5

<sup>22</sup> San Ireneo; *Demostración de la predicación apostólica*. Prólogo,3. Fuentes Patrísticas 2. Ed. Ciudad Nueva; Madrid 1992

Segundo: **la decisión vital.**

La fe es también un “ethos”, un modo concreto de estar en el mundo y de vivir. Y es que la instrucción cristiana no es sólo doctrinal. Con el paso del tiempo la Iglesia expresó esta idea con el esquema de los Diez Mandamientos. Antes lo hizo con la doctrina de los dos caminos, que presenta la existencia humana como una decisión entre dos sendas. Adentrarse por la senda cristiana es parte constitutiva del catecumenado. Así, sólo “*quien reconoce a Jesús como camino puede encontrarle también como verdad*”<sup>23</sup>. Esta idea de que fe y moral van de la mano, que sólo avanza en una quien avanza en ambas es una idea que viene de antiguo. Os traigo este precioso testimonio que encontramos en san Ireneo:

*Y como el hombre es un ser viviente compuesto de alma y cuerpo... La pureza del cuerpo está en abstenerse y rehuir toda cosa inverecunda y toda acción injusta, y la pureza del alma está en conservar intacta la fe en Dios, sin agregar ni quitar nada de ella. Porque la piedad se empaña y pierde su candor cuando se contamina con la impureza del cuerpo; se rompe, se mancha y se desintegra cuando el error entra en el alma; se mantendrá en su belleza y en su justa proporción cuando la verdad habita constantemente en el alma y la santidad en el cuerpo. Pero, ¿de qué sirve conocer la verdad de palabra si se profana el cuerpo y se realizan acciones degradantes? ¿De qué sirve la santidad del cuerpo si la verdad no anida en el alma?... Nosotros debemos mantener inalterada la Regla de la fe y cumplir los mandamientos de Dios creyendo en él, temiéndole como a Señor y amándolo como a Padre.*<sup>24</sup>

Y, el entonces cardenal Ratzinger, añade en su reflexión un matiz precioso: “*Sólo quién se familiariza con la hospitalidad de los cristianos expresada en la entrega de la sal puede aprender a conocer su comunidad fraternal también como lugar de la verdad*”<sup>25</sup>. Así es, el antiguo rito de la sal, indicaba la hospitalidad cristiana y con ella, la participación de su vida, de su ser y estar en el mundo, como testigo del amor de Cristo, partícipe de su amor por el hombre, partícipe de la cruz. Y es este amor el que hace al hombre agradable a Dios, el que le da el “sabor de la incorruptibilidad”, y el que le hace sabio, conocedor de la verdad de Dios y del hombre.

---

<sup>23</sup> J. Ratzinger: *Teoría de los Principios Teológicos*. Ed. Herder. Barcelona 1985; pág. 40

<sup>24</sup> San Ireneo, *Demostración de la predicación Apostólica*; Prólogo, 2 - 3. Fuentes Patristicas 2. Ed. Ciudad Nueva; Madrid 1992

<sup>25</sup> J. Ratzinger: *Teoría de los Principios Teológicos*. Ed. Herder. Barcelona 1985; págs. 40.



Hay pues una interrelación entre la participación cordial en la comunidad eclesial y la capacidad para vivir el Evangelio y para aceptar la verdad de la fe. Y es así como llegamos al tercer componente fundamental del catecumenado, y que, como podéis ver forman una unidad, se trata del don de Dios.

### Tercero: **el don.**

La decisión vital consiste en vivir dentro de una forma de vida ya dada de antemano, la forma de vida de la Iglesia de Cristo. Por tanto, la decisión es un recibir, es participar de la vida de la Iglesia. Y tomar este camino sólo es posible por la irradiación que brota de ella y por el apoyo y soporte que la comunidad de la Iglesia presta a los catecúmenos.

El catecúmeno recibe y es sostenido en su decisión y en su fe, en primer lugar por la Iglesia, y por el Señor que sostiene a la Iglesia con su palabra y con los sacramentos.

En el catecumenado este ser sostenido se expresa, sobre todo, con los exorcismos: así el catecumenado no se reduce a instrucción y toma de decisión; aquí actúa el Señor mismo. “*Sólo él puede quebrantar la resistencia de los poderes hostiles, sólo él puede dar la decisión para la fe*”<sup>26</sup>. Los exorcismos expresan lo que en realidad es la primera dimensión del catecumenado: “*la conversión como don, que sólo el Señor puede dar e imponer en contra de los poderes que nos esclavizan*”<sup>27</sup>.

Así se entiende el Bautismo, desde el primer instante del comienzo del catecumenado, en su carácter “activo-pasivo”, como un “ser bautizado”, un “ser agraciado” con el don de la fe. Y el camino ético que sigue al bautismo es también un ser conducido y llevado.

Tomar en consideración estos tres elementos que son componentes fundamentales del catecumenado, y que, tan solo he esbozado, nos remite de nuevo a la realidad teológica del catecumenado, como el ámbito eclesial necesario para el diálogo de la fe que conlleva la celebración del Sacramento del Bautismo y, por tanto, la obligación que tenemos de preservar esta realidad para cumplir el mandato misionero.

Enrique Santayana Lozano

---

<sup>26</sup> Ibidem, pág. 42

<sup>27</sup> Ibidem, pág. 42